

Funerales narco: síntoma del debilitamiento del Estado

n días recientes, Chile ha sido nuevamente testigo de un “espectáculo” que debería alarmar profundamente: el funeral de un líder narco. Esta vez en Quilicura, realizado con despliegue ostentoso, una carroza de lujo, cortejo acompañado por (pretendidos) “hinchas” organizados, y una presencia policial reforzada. Entorpeció el desarrollo de la vida normal de los vecinos, incluyendo el cierre de establecimientos educacionales y un consultorio. No se trató, pues, de una simple despedida familiar, sino de una demostración de fuerza del crimen organizado, convertida en acto público y sin oposición efectiva del Estado.

Todavía más inquietante es que este tipo de ceremonias se desarrollan no solo con permisividad, sino bajo resguardo oficial. La policía actúa para “evitar desórdenes”, pero en la práctica termina garantizando la realización del show. Con ello, se normaliza lo que debiera ser combatido, y el Estado

—lejos de ejercer su autoridad— retrocede. En vez de enfrentar con decisión estas expresiones que glorifican al delito, el poder público se muestra falto de convencimiento, debilitando así su rol esencial de garante del orden, la seguridad y la legalidad.

A esta realidad se suma una falencia legislativa que no se puede soslayar. En noviembre de 2024 se promulgó una ley

—aún no vigente— para regular los llamados “funerales de alto riesgo”. Sin embargo, lejos de establecer prohibiciones claras, la norma optó por un enfoque tolerante y excesivamente garantista, que deja amplio margen para que estas ceremonias se sigan llevando a cabo. Mientras se intenta “regular” lo que evidentemente no debe permitirse, el crimen organizado sigue ganando terreno. Esa ley no solo promete ser ineficaz; se perfila como cómplice del problema, al institucionalizar una lógica de contención en lugar de disuasión.

El fenómeno, por cierto, va más allá del ámbito policial o jurídico. Lo que está en juego es una disputa por el sentido común y el dominio simbólico del espacio público. Cuando vecinos defienden a figuras criminales por su “generosidad” y medios de comunicación retratan estos funerales como rarezas sociológicas o folclor urbano, se va legitimando culturalmente la presencia y el poder del narco en las calles. Se desdibuja la frontera entre lo legal y loilegal, entre el buen ciudadano y el delincuente, entre el estado de derecho y quienes lo desafían.

El crimen organizado no necesita tomar las instituciones por la fuerza, le basta con infiltrarse, exhibirse, apropiarse de los símbolos para demostrar su influencia y alcance. Y si el Estado titubea, si legisla con tibieza y actúa con temor, no solo cede terreno, pierde autoridad, credibilidad y erosiona la confianza ciudadana. La respuesta, por tanto, debe ser clara y sin concesiones: no hay espacio para homenajes públicos al crimen y sus hechos. Se requiere convicción política, firmeza jurídica y acción policial decidida. Porque lo que está en juego es la seguridad, el orden social y la mínima dignidad de la República.

Alvaro Pezoa

Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School, U.de Los Andes

Opinión

Edición papel digital

Decálogo trumpista

Magdalena Browne
Decana de Comunicaciones y Periodismo UAI



En los primeros 100 días de su segunda administración, Donald Trump ha profundizado su estilo neopopulista autoritario que inauguró en su primera presidencia en materia de comunicación política (como en economía y geopolítica, en esta área también se supera a sí mismo). Se presenta aquí su recetario, que tanto inspira a seguidores locales y globales.

- 1.- **Maniqueísmo.** Los líderes populistas personifican el bien y quienes difieren de ellos, el mal, solo así se proyecta un mundo sin matices. Ven como adversarios a las instituciones de la democracia y no distinguen los límites entre los poderes del Estado. Los problemas se deben a una sola causa: son posibles de resolver muy fácilmente con soluciones de shock.
- 2.- **¡Mención!** En un escenario comunicacional sobresaturado, para captar la atención de la audiencia se requieren estrategias rápidas: exacerbar la provocación, el conflicto, responder con ira, incluso humillando al aliado (se puede revisar el caso "conferencia de prensa conjunta: Trump-Vance vs Zelenski").
- 3.- **Polarization begs polarization.** Se debe evitar un espacio comunicacional diverso y proclive al diálogo. En vez de escuchar argumentos, se apuesta a la exclusión de grupos y la estigmatización. Con un discurso estridente y que desacredite permanentemente al contendiente, se crea así un círculo que perpetúa la polarización.
- 4.- **Mantear al contrincante.** Emitir mensajes contradictorios, día tras día. Que las informaciones no sean trazables ni tengan sustento técnico. Antes que inclinarse a decir algo que puede acabar siendo desmentido a las pocas horas o confundir a la ciudadanía, mejor atreverse. Ese es el coraje trumpista.
- 5.- **Desinformación.** Aquella estrategia que Trump inauguró con tanta maestría en su primera administración se renueva con fuerza en esta, buscando crear narrativas paralelas a través de estrategias planificadas de desinformación.
- 6.- **Doble vínculo con los medios de comunicación.** El populista autoritario puede utilizar los medios para llegar a miles, pero no acepta que la prensa lo afronte, porque mira con desconfianza -o definitivamente como enemiga- a las instituciones democráticas que lo fiscalizan y limitan su influencia personal.
- 7.- **El "yo" siempre es más importante.** Evitar usar la idea de un "nosotros" -porque puede ser un referente discursivo muy inclusivo-, salvo cuando se refiere a los integrantes de MAGA o a los demás seguidores. El resto son enemigos.
- 8.- **Nunca pedir perdón,** porque da indicios de receptividad y humildad, lo que atenta con la idea de una autoridad presidencial robusta, unipersonal y sin contrapesos.
- 9.- **Autenticidad.** La ciudadanía demanda líderes reales, que se muestren tal como son, sin control de sus ansiedades ni impulsos. Ideal mostrarse campestre, brusco, ignorante, evitando las debidas formas aprendidas en la escolarización. Todo esto tiene un valor: mostrar el hombre (macho) que se es.
- 10.- **La mejor respuesta a las crisis comunicacionales** crear otras nuevas. De preferencia, multiplicarlas. Mientras más incertidumbre, mejor.

Funerales narco: síntoma del debilitamiento del Estado

Álvaro Pezoa
Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School, U. de Los Andes



En días recientes, Chile ha sido nuevamente testigo de un "espectáculo" que debería alarmar profundamente: el funeral de un líder narco. Esta vez en Quilicura, realizado con despliegue ostentoso, una carreta de lujo, cortejo acompañado por (pretendidos) "hinchas" organizados, y una presencia policial reforzada. Entorpeció el desarrollo de la vida normal de los vecinos, incluyendo el cierre de establecimientos educacionales y un consorcio. No se trató, pues, de una simple despedida familiar, sino de una demostración de fuerza del crimen organizado, convertida en acto público y sin oposición efectiva del Estado.

Todavía más inquietante es que este tipo de ceremonias se desarrollan no solo con permisividad, sino bajo resguardo oficial. La policía actúa para "evitar desórdenes", pero en la práctica termina garantizando la realización del show. Con ello, se normaliza lo que debería ser combatido, y el Estado -lejos de ejercer su autoridad- retrocede. En vez de enfrentar con decisión estas expresiones que glorifican al delito, el poder público se muestra falto de convencimiento, debilitando así su rol esencial de garante del orden, la seguridad y la legalidad.

A esta realidad se suma una falencia legislativa que no se puede soslayar. En noviembre de 2024 se promulgó una ley -aún no vigente- para regalar los llamados "funerales de alto riesgo". Sin embargo, lejos de establecer prohibiciones claras, la norma optó por un enfoque tolerante y excesivamente garantista, que deja amplio margen para que estas ceremonias se sigan llevando a cabo. Mientras se intenta "regular" lo que evidentemente no debe permitirse, el crimen organizado sigue ganando terreno. Esa ley no solo promete ser ineficaz; se perfila como cómplice del problema, al institucionalizar una lógica de contención en lugar de disuasión.

El fenómeno, por cierto, va más allá del ámbito policial o jurídico. Lo que está en juego es una disputa por el sentido común y el dominio simbólico del espacio público. Cuando vecinos defienden a figuras criminales por su "generosidad" y medios de comunicación retratan estos funerales como rarezas sociológicas o folclor urbano, se va legitimando culturalmente la presencia y el poder del narco en las calles. Se desdibuja la frontera entre lo legal y lo ilegal, entre el buen ciudadano y el delincuente, entre el estado de derecho y quienes lo desafían.

El crimen organizado no necesita tomar las instituciones por la fuerza, le basta con infiltrarse, exhibirse, apropiarse de los símbolos para demostrar su influencia y alcance. Y si el Estado titubea, si legisla con tibieza y actúa con temor, no solo cede terreno, pierde autoridad, credibilidad y erosiona la confianza ciudadana. La respuesta, por tanto, debe ser clara y sin concesiones: no hay espacio para homenajes públicos al crimen y sus hecheces. Se requiere convicción política, firmeza jurídica y acción policial decidida. Porque lo que está en juego es la seguridad, el orden social y la mínima dignidad de la República.

LT latercera.com

Declaración de Intereses en www.gruposopesi.cl | Declaración Impreso en Santiago por Grupo S.A.

Atención a suscriptores en su correo virtual latercera@latercera.com



SANTIAGO DE CHILE | AÑO 72

SU OPINIÓN IMPORTA
Envíe sus opiniones al contenido o cobertura del diario a lector@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión máxima de 1400 caracteres con espacios a lt2@correo.latercera.com. La tertulia se reserva el derecho a editar los textos ajustados conforme a sus estándares editoriales, en particular respecto a la exigencia de un lenguaje respetuoso y sin disculpaciones. Las cartas recibidas no serán devueltas.

ESPACIO ABIERTO

La democracia estrecha

Javier Sajuria
Profesor de Ciencia Política en Queen Mary University of London y director de Espacio Público



Uno de los problemas que se suele citar en nuestra democracia es uno de representatividad: quienes nos gobiernan y legislan en nuestro nombre no se parecerían al resto de la población. A veces eso tiene que ver con características evidentes, como el género, la educación o el origen geográfico, pero en otros casos tiene que ver con formas de liderazgo o maneras de ejercer el poder. Si bien no hay fórmula perfecta de resolver ese dilema, sí es importante reconocer aquellos comportamientos que alejan a mucha gente de la política, que convierten a nuestra democracia en un

camino estrecho por el que pasan los pocos que lo aguantan y no, necesariamente, los mejores.

Dos eventos ocurrieron la semana pasada que retratan el nivel de agresividad que tienen que recibir quienes están en política. El primero fueron las figuras representando a José Antonio Kast y Johannes Kaiser colgando cabeza abajo frente a La Moneda. La segunda fue una canción llamando a atentar contra la vida del candidato del FA, Gonzalo Winter. En ambos casos, el límite entre la parodia y la violencia se cruzó sin elegancia ni pudor, justificando la violencia (aún simbólica) en una diferencia ideológica. El que las víctimas de aquellos actos sean hombres es más bien un dato anecdótico, considerando que los ataques y la intimidación contra políticos es mucho más frecuente (y violenta) contra las mujeres. Diferentes encuestas internacionales han mostrado que la ciudadanía se ha ido volviendo más indolente hacia la violencia dirigida a políticos.

El prestigio de la ocupación la ha convertido en el blanco de una desconfianza estructural y de una percepción de corrupción y abuso que pareciera justificar todo tipo de amenazas y acciones. Y si bien la frustración ciudadana puede explicar esa evolución, no es un fenómeno saludable para nuestro sistema democrático.

Cuando la actividad política se convierte en una peligrosa, en especial contra ciertos grupos de la población, eso atenta contra la posibilidad de que nuestra democracia pueda ser suficientemente representativa. La política se ha vuelto una actividad hostil donde quienes llegan son los que pueden aguantar el abuso y no quienes tienen las mejores herramientas y conocimientos para representar a sus partidarios y opositores. Esto deja afuera a quienes no están dispuestos a recibir ese abuso y, de pasada, nos perjudica a todos al perder a esos talentos en la discusión. Además, la violencia condicional que nuestros representantes dicen y hacen, a partir del miedo y no de lo que corresponde hacer para mejorar la vida de la población. Al final, nuestra democracia se estrecha y baila al ritmo de unos pocos que están dispuestos a soportar el abuso, a pesar de no tener las mejores herramientas para hacer su trabajo.

En tiempos donde la polarización parece haber desbordado lo ideológico y se vuelve identitaria, es poco atractivo defender a quienes se dedican a la política. Pero es esencial hacerlo si es que queremos atraer a los mejores talentos y capacidades para hacerse cargo de nuestras instituciones. Si no, quedaremos a merced de unos pocos que creen que gobernar es simplemente resistir los golpes, y no liderar.